

¿Sociedad sin Clases los EU Modernos?

Una Visión de los Vencedores

- ★ América Latina Queda a Merced de la Gran Potencia
- ★ Predilección de Bush por Nuestra Clase Gobernante
- ★ Obliga a Estar Pendientes de los Centros de Poder

LORENZO MEYER

Las visiones de los vencedores tienden a ser grandilocuentes, pero una de las que han adelantado los vencedores de hoy es realmente espectacular y vale la pena conocerla. Esta visión propone interpretar el triunfo de los Estados Unidos en la "Guerra Fría" como algo más que la victoria incruenta de una gran potencia sobre otra o como algo más que el triunfo del neoliberalismo sobre el "socialismo real". En efecto, esta tesis ve en el fracaso del "socialismo real" como alternativa al liberalismo democrático, la consumación de la historia de Occidente y de la historia universal.

Esta interpretación espectacular parte del hecho de que las ideas dominantes en lo económico y lo político en Estados Unidos, Europa Occidental y Japón son ahora las ideas dominantes. Dicho de otra manera: ya no

hay alternativa viable a la visión norteamericana del mundo. En mayor o menor grado, todo el planeta se ha norteamericano o está en ese proceso, y las excepciones, como sería el Irán de los ayatolas, carecen de importancia, por ser visiones locales, inviables a escala global.

La espectacular desintegración del bloque soviético, la irrelevancia de los partidos comunistas que apenas ayer estaban en el poder en la Europa del Este, y la posibilidad de una desintegración parcial de la propia Unión Soviética como resultado de sus deficiencias económicas y la explosión de los nacionalismos de sus minorías, constituyen la prueba empírica de la inviabilidad de la única alternativa que aún quedaba al predominio de la visión del mundo de la que Estados Unidos es el campeón: el liberalismo democrático.

Esta interpretación sobre la naturaleza profunda de la época que vivimos ha sido hecha, a título personal, por un funcionario del grupo de planeación política del Departamento de Estado: Francis Fukuyama, y que ha alcanzado en Estados Unidos una celebridad instantánea. Para su interpretación del presente y visión del futuro, el autor en cuestión se basa en otra interpretación de la historia: la que formulara a principios del siglo pasado, y tras reflexionar sobre los efectos profundos de la Revolución francesa, George Wilhelm Friedrich Hegel, un verdadero profesional de las visiones globales.

La modestia no es una de las características del modo de pensar del doctor Fukuyama, sino todo lo contrario. En su ya famoso artículo publicado en el número de verano del año pasado en *The National Interest* y titulado ¿El fin de la historia?, propone que aceptemos que se ha llegado al final de la evolución del pensamiento humano en torno de los principios centrales que gobiernan la

organización política y social. Vivimos la época de la universalización de los valores de la democracia liberal, que son los defendidos y practicados por los Estados Unidos y en los países que fueron sus aliados principales en la etapa de la "Guerra Fría" que acaba de concluir.

Un punto central e indispensable de la tesis del fin de la historia es este: Estados Unidos y sus aliados ya resolvieron el problema de la contradicción entre las clases, pues la esencia del liberalismo democrático es precisamente su igualitarismo. Poniéndola en boca de otro autor (Alexandre Kojève), Fukuyama afirma que los modernos Estados Unidos son, precisamente, la sociedad sin clases por la que clamó Marx. El hecho que las estadísticas nos dicen que en 1987 el 20% de las familias estadounidenses en el tope de la escala social contaban con casi 44% del ingreso disponible mientras que 20% que está en el fondo recibía menos de 5% de ese ingreso, no es, según el doctor Fukuyama, prueba de que el supuesto igualitarismo liberal-democrático no funciona en Estados Unidos, sino una persistencia de minorías que, como la negra, son legado de la esclavitud y el racismo y no producto de las contradicciones de clase.

La era "posthistórica" que ahora se inicia, nos dice Fukuyama, podrá estar llena de sucesos terribles: luchas entre nacionalismos que muchos creían superados, conflictos religiosos intra e internacionales, represión de los gobiernos autoritarios en contra de las fuerzas democratizadoras; es incluso imaginable un golpe conservador contra Mijaíl Gorbachov y el retorno a un gobierno de dureza policiaca y militar en la Unión Soviética, etcétera. Lo que ya no es posible, afirma nuestro autor, es el retorno a esquemas de explicación y organización social de dimensiones globales como el marxismo y el fascismo, que compitan con el libe-

ralismo democrático en legitimidad y eficacia.

Curiosamente, después de una afirmación tan rotunda y exaltada sobre la naturaleza del triunfo norteamericano, la conclusión no es de gran entusiasmo por el futuro democrático. Al contrario, "El fin de la historia —nos dice el doctor Fukuyama— será una época triste". Al acabarse el combate contra el fascismo y el comunismo se acabó también el elemento heroico de la política exterior de Estados Unidos que los empujó a tractos. En el futuro post-histórico, la energía individual y colectiva de las sociedades de la democracia liberal se dirigirá a esferas donde el altruismo no tiene mucho lugar: a resolver problemas técnicos a la lucha por los mercados, a hacer frente a la catástrofe ecológica y, finalmente, a satisfacer los apetitos propios de una sociedad de consumo, en donde las grandes ambiciones de sus miembros son poseer la mejor videocasetera o el mejor estereó que haya en el mercado.

★

Bueno, y a nosotros los mexicanos, ¿en dónde nos deja y en qué nos afecta este tipo de interpretación global de los acontecimientos recientes, y que coloca a la Europa Occidental y a Estados Unidos en la "vanguardia de la civilización"?

Para empezar, esta visión pone a países como los latinoamericanos a merced de una gran potencia que, por primera vez en su historia, no tiene ya rival político en la región que pueda hacerle contrapeso. En el siglo pasado, Gran Bretaña y en menor medida las otras potencias europeas fueron vistas por la América Latina como una alternativa frente a Estados Unidos. En la primera mitad de este siglo, Alemania surgió dos veces como un posible rival económico y político de Estados Unidos en el

Hemisferio Occidental. A partir del fin de la segunda Guerra Mundial, las fuerzas de la izquierda latinoamericana encontraron en la Unión Soviética y en China inspiración y apoyo particularmente en los casos de las revoluciones triunfantes en Cuba y Nicaragua. Pero ahora la soledad latinoamericana amenaza ser casi completa. Japón, y en menor medida Europa Occidental, podrán invertir y comerciar con los países situados al sur del Río Bravo pero ya no les ofrecen una alternativa política o ideológica frente a Estados Unidos. Lo anterior es aún más cierto en el caso de la Unión Soviética, China y la Europa del Este.

Al predominio político estadounidense sin contrapesos en América Latina, se suma ahora otro elemento implícito en el argumento de Fukuyama: la afirmación de la superioridad histórica y moral de Estados Unidos como resultado de su triunfo sobre el socialismo. Algo de esto último, ya lo vimos en la invasión de Panamá. En la circunstancias actuales, y desde este

31-I-90

punto de vista, poner en tela de juicio la legitimidad de las acciones intervencionistas estadounidenses, es casi igual a ponerse a la racionalidad de la evolución histórica, y por tanto a la concreción de los valores democráticos universales. Desde esta perspectiva, resulta que la destrucción de uno de los barrios más populosos de la Ciudad de Panamá por las tropas estadounidenses en diciembre pasado no es más que el equivalente a la destrucción que Napoleón tuvo que causar con su batalla en Ulm, Austerlitz, Jena o Friedland. En retrospectiva, se trató de precios modestos para acabar con situaciones anacrónicas.

Frente a la gran confianza que ahora tiene Estados Unidos en la justicia de sus causas —para ellos, la historia les dio la razón— no nos queda a los latinoamericanos más que confiar en que un cálculo de costo-beneficio lleve a quienes formulan la política exterior en Washington, a concluir que no es urgente que Nicaragua, Cuba o El Salvador, entren a la etapa

posthistórica, empujados por las fuerzas móviles del ejército estadounidense.



Finalmente, la interpretación del fin de la historia tiene un efecto más sobre nosotros, los mexicanos: que nos coloca entre las sociedades que aún se encuentran dentro de la historia, honor muy dudoso, pues significa que estamos muy atrasados en materia de evolución política. En efecto, los países cuyas instituciones y valores dominantes son aún antidemocráticos, son sitios donde la historia aún tiene que hacer, pues no ha demolido el pasado autoritario que impide hacer realidad el liberalismo democrático propio de las sociedades "posthistóricas". A diferencia de Estados Unidos, Europa Occidental, Japón y un puñado de otros países, en México —como en otros países periféricos— aún se tiene por delante la lucha por superar el anacronismo de un sistema donde aún existe un partido de Estado, donde sus elecciones aún no son el mecanismo básico para legitimar el poder, y donde no ha habido cambio por la vía elec-

toral del grupo en el poder desde 1916.

Desde la perspectiva del fin de la historia, es claro, que en México, como en China, la clase dirigente trata de mantener en pie una vieja estructura de autoridad antiliberal y antidemocrática, mientras que cambia radicalmente la base económica de esa estructura según la receta liberal. Sin embargo, como en China, en México el sistema autoritario carece ya de legitimidad, está muerto, y sólo es cuestión de tiempo que se venga abajo.

Y es aquí donde surgen problemas sobre la utilidad práctica de la hipótesis en torno del fin de la historia. Los colegas del doctor Fukuyama en el Policy Planning Staff del Departamento de Estado han de tener algunas dudas sobre el esquema en cuestión, pues resulta que el gobierno del Presidente Bush ha mostrado una especial predilección por los grupos gobernantes de China y México, pese a que se trata, desde esa perspectiva, de élites anacrónicas, que no han evolucionado en su pensa-

miento político que siguen ancladas en una visión autoritaria del mundo, y cuyas acciones frente a la oposición así lo demuestran. ¿Será posible suponer entonces que a Estados Unidos "posthistóricos" les conviene que algunos sigamos en la historia? ¿O simplemente nos quieren evitar el hastío que, según la tesis en cuestión, significaría ya no tener que luchar por la democracia porque ésta habría pasado de ideal a realidad concreta?

Sea cual fuere la opinión que al lector le merezca la tesis del "fin de la historia", creo que es una que vale la pena conocer, pues es iniciativa de la textura de los tiempos. Una de las obligaciones de los países periféricos es mantenerse al tanto de lo que se piensa en los grandes centros de poder, pues de tarde en tarde esas ideas tienen efectos concretos e importantes, no siempre benéficos, en los países que de grado o por fuerza están sometidos a su influencia.